

PAUL VALERY, EL ENTENDIMIENTO POETICO

Una técnica creada a fuerza de abstracciones mentales y que llega por los caminos del puro raciocinio a conformar la más estricta materia poética fue el logro que hizo de Paul Valery el altísimo poeta que es. Nada en él es adquirido espontáneamente ni creado por los sistemas ordinarios de la emoción, venido por el caudal de los sentimientos ni mucho menos efectuado en un momento de exaltación. En él todo es metódico y todo acusa un continuado meditar. La función creadora es en su sistema una función constructora, arquitectónica, matemática.

Escribir críticamente sobre su personalidad poética implica por una parte dejar de lado los conceptos personales y por otra penetrar un universo invadido por un aire al cual difícilmente puede uno acostumbrarse. Un conocimiento estricto de su poesía, llegada al límite de la pureza conceptual, implica por otra parte meditaciones ininterrumpidas porque sucede que, cuando ya se tiene un concepto más o menos estructurado, él mismo, Valery, se encarga de destruirlo, de variarlo o desplazarlo hacia otros lugares.

El juicio de su poesía no se logra al igual de los conceptos de todas las poesías. El implica la sumisión a un sistema de pensamiento, a un sistema de poética, a un sistema literario y, lo que es más, a un sistema de raciocinio. Esas convenciones, esas ficciones que forman su mundo, que para nosotros son simplemente los seres, las cosas, lo que estamos acostumbrados a admitir como existentes y que en él se transforman en entidades abstrac-

tas que tienen su valor solamente por ser aceptadas de antemano, son si se quiere la forma substancial de su poesía, los elementos básicos de sus construcciones.

Paul Valery representa el dón supremo de la palabra, sometido al razonamiento. Su muerte es la liberación de la emoción, la ruptura de las cámaras donde ordenadas y catalogadas existieron por su sistema las pasiones. Ese principio suyo tan aceptado por los puristas de la poesía, de que lo espontáneo nos hace decir mil tonterías por cada cosa buena, representa la sujeción de los instintos, la ceguera de la intuición. La inspiración, como principio supremo del arte está convertida en un simple sistema, en una tarea de conformar entes de belleza obedeciendo a los dictados de la razón. Pero la razón, en el caso de la poesía no puede llegar a donde llega la intuición y fue aquí donde Valery rompió las fronteras y logró crear poesía, con las puras formas dictadas por el intelecto; una poesía metódica, como se construye un teorema, con la exactitud de la fórmula, con el perfecto cálculo de los materiales, con la estricta valoración de los sonidos y de los significados.

La factura del verso era un postulado del entendimiento en busca de los recónditos florecimientos estéticos, de las resonancias verbales, de los cristalinos procedimientos artísticos. Por eso, esencialmente, su admiración por Mallarmé, por eso también y dentro de su sistema, el otro poeta fue su desvelo. Su verso nos ha dado además del contenido filosófico que se proponía un fundamento musical establecido en plenitud, con toda la conciencia y todo el poder supremo de encantamiento. Los sentidos al convertirse en plena propiedad del reino poético adquieren un significado metafísico, provisto de la clara fuerza que los estructura. Son normas, cuños, moldes adquiridos a fuerza de pensamiento. No es el equilibrio lírico de los clásicos castellanos, por ejemplo, sino un equilibrio sometido a disciplinas. Es un poeta latino que obra artísticamente como un razonador germano. Fríamente.

“L'enthousiasme n'est pas un état d'ame d'écrivain.” Es su norma. Para él es esta la manera de obrar. Nada de arrobamientos, nada de fuego por grande que sea. El solo nos hará producir tonterías. La obra artística necesita ante todo una gran carga de indiferencia emotiva acondicionada por otra gran carga de razonamiento puro, sin mezcla de emoción. Veinte años de ausencia poética y de trajín matemático hacen lógica esta afirmación.

Después, el matemático desea crear poéticamente los mundos que escapan al mero razonamiento numérico, y viene la poesía a llenar los vacíos que en su alma han dejado las matemáticas. Y su mentalidad acostumbrada a las discriminaciones algebraicas, traslada los procedimientos al campo de la poesía, y logra, por un milagro desacostumbrado y que contradice las normas establecidas, crear entidades poéticas. De ahí también su enemistad con el romanticismo y su aversión por los exaltados momentos de inspiración que le son característicos al arte. El no puede obrar como un iluminado. Es contrario esto a su naturaleza.

Valery no posee un estilo literario. Posee un altísimo sistema de expresión poética. Y sólo así puede penetrarse en él, por otro sistema que le sea semejante. La intuición está en su mundo reemplazada por el pensamiento y ese paso hacia la expresión se logra en él a fuerza de técnica matemática. Cada resonancia verbal y cada proyección ideológica está finamente meditada, profundamente medida. Nada logra al acaso, no existe el milagro poético sino la resultante fatal de un proceso intelectual.

Desde su nacimiento, en 1871, pasando por sus estudios en el Colegio de Seté y luego en el Liceo de Montpellier se fue formando su mentalidad de acumulación, mejor que en el más sutil espectador del mundo, de las cosas que a su lado iban creciendo, cambiando y muriendo. Mientras seguía con cierta indiferencia sus estudios de Derecho su destino lo llevaba al descubrimiento de los grandes poetas: Baudelaire, Rimbaud, su maestro Mallarmé, y veía en las labores artísticas la única cosa asible del mundo. "Hallábame afectado por el duro mal de la exactitud... Todo aquello que me resultaba fácil tornábase indiferente y casi hostil", escribía entonces. Era ya norma de su perfección tender hacia lo difícil, hacia lo que interponía entre su ser y el ser secreto de las cosas un obstáculo que lo prohibiera.

Así mismo configura sus obras literarias. Es un poeta difícil a conciencia y luego se duele y se escandaliza de que le llamen oscuro. Busca la exactitud no como una manera de hacerse claro sino como un placer intelectual.

La muerte de Valery significa la ruptura de un mundo de sutilezas mentales, de pura poesía construída por sistemas que nadie, si los había usado, los había confesado. Su milagro no es el milagro poético clásicamente conocido, el milagro del arrobamiento, sino la sujeción del don divino a la naturaleza humana.

La conciencia, que se conserva idéntica a pesar de todos los cambios que pueden operarse y que, él tanto sufre, ve cómo van las transformaciones sucediéndose fatalmente, y lo lleva a seguir de cerca toda la naturaleza y todas las situaciones psicológicas de la humanidad. Su prosa, afectada de la misma exactitud de su poesía, hace más accesible el trabajo de comprensión, más cercano el pensador y el pensamiento. Todas esas polémicas extremas que alrededor de su nombre se hicieron y se harán, han tomado para la juventud y para los poetas y pensadores de todos los idiomas, el partido de guiarlos a través de sí mismas para introducirlos en el mundo de Valery como se introduce un ojo en un prisma. Allí la luz se descompone y las imágenes se hacen múltiples pero son siempre las imágenes y es siempre la luz.

Aquí y allí está la prosa de Valery descomponiendo, disecando las formas y los pensamientos, deshumanizando lo humano y humanizando lo divino, colocando todo en una zona de pureza intermedia, de crítica inmaculada. “La Política del Espíritu, nuestro soberano bien”, es lo que Valery ha informado al mundo después de su misión. Ser por encima de todo, políticos del espíritu y eso lo que él fue. Que el espíritu piense en sí mismo, que se sumerja en su cosmos desconocido y descubra su incógnita, los peligros que le amenazan, sus potencias y sus flaquezas. Vivir en el espíritu y por el espíritu y contemplar el tránsito de su vida a través del muro de cristal que nos separa de él. Vivir y obrar de acuerdo con una sola política: la del espíritu.

Y ya que ella abarca todas las actitudes, aún las que podrían parecer más lejanas, la industria, por ejemplo, los códigos jurídicos, los procedimientos morales, ha de ser adoptada y seguida para reemplazar las políticas dispersas y no seguidas. Con ella es fácil entonces, guiados por su mano, elaborar la crítica de las constituciones humanas.

Esa exaltación que hizo de Leonardo no obedece a otro pensamiento que el de sintetizar en él toda su ilusión y toda su esperanza de ver un mundo gobernado por el pensamiento. El es, en su interior un universo dominado por el dón de la razón.

J. I.